

Gillian Laub: Asuntos Familiares

Durante las últimas dos décadas, la artista estadounidense Gillian Laub ha utilizado la cámara para investigar cómo las preguntas sociales más complejas están a menudo encontradas en su mayoría en nuestras relaciones más íntimas. Su enfoque en la familia, comunidad y los derechos humanos está muy claro en sus proyectos como lo son *Testimonio* (2007), el cual explora las vidas de sobrevivientes del terror en el Medio Oriente, y *Ritos Sureños* (2015), un proyecto trabajando durante una década sobre el racismo en el Sur de los Estados Unidos.

A través de su carrera ha estado simultáneamente y privadamente documentando el entorno emocional, psicológico y político de su propia familia - explorando su creciente malestar con las muchas extravagancias que marcan sus vidas. Vínculos intensos e intergeneracionales han formado y criado a Laub, pero también han estado llenos de tensión. Balanceando la empatía con una perspectiva crítica, humor con horror, la cercanía de la familia con el distanciamiento del artista, Laub nos ofrece un retrato de la saga de una familia estadounidense que se siente angustiada a la misma vez que esperanzada.

A medida que viaja por el tiempo, la exposición se convierte en un microcosmo de una nación profundamente en conflicto ya que el artista y sus padres se encuentran en lados contrarios de una marcada división política - la cual amenaza con fracturar la familia y que obliga a todo el mundo preguntarse qué realmente los une.

En su libro *Asuntos Familiares* (Aperture, 2021), sus fotografías son acompañadas por sus propias palabras. Esta exposición exhibe su don como narradora, presentando la mayoría de sus escritos como sonido inmersivo. A medida que se mueve uno a través de los cuatro actos consecuentes de *Asuntos Familiares*, uno verá y escuchará a la artista y a su familia en sus propias palabras: graciosas, conmovedoras, agitadas y desafiantes.

Gillian Laub: Asuntos Familiares ha sido posible por el apoyo generoso de Marina y Andrew Lewin, la Galería Benrubi y, en parte, por una concesión de la Fundación Nacional para las Artes.

ACTO I: “A nosotros nos gusta las comodidades”

Yo vengo de una familia con miembros muy expresivos. No sólo de la manera en la que hablan, sino también en la manera en que se presentan.

A través de la mayoría de mi temprana edad, los encontraba encantadores, si acaso un poco escandalosos - el volumen alto de sus voces, la ropa y la joyería, solamente emparejado por lo expansivo de sus sentimientos.

A medida que crecí, el deleite se mezcló con la vergüenza. Me sentía agradecida por nuestra vida, pero en conflicto por nuestra extravagancia; especialmente cuando cobré conciencia de su contexto social y económico, al igual que sus consecuencias.

Cuando me convertí en fotógrafa, mi obra empezó a llevarme hacia las afuera de los límites de mi crianza. Exploré la violencia hacia los palestinos e israelíes en medio de su conflicto por décadas, y luego la persistencia del racismo y la segregación en el Sur de los Estados Unidos - confronté los tipos de injusticia y sufrimiento que nadie en mi familia enfrentó. Fué difícil reconciliar estas experiencias con los privilegios atípicos de mi vida diaria.

Tuve que acercarme a lo que me causaba incomodidad. Así que comencé a fotografiar a mi familia y sus amistades por doquier - durante festividades, bar mitzvahs, bodas, barbacoas en la piscina y nuestras vacaciones. Inicialmente, hubo sólo unas pocas arqueadas de cejas. Pero mis modelos pronto se acostumbraron a mí y cómo colocaba mi gran cámara frente a sus caras o hurgaba en sus hogares, los cuales estaban decorados como escenarios, y vidas teatrales.

A medida que comencé a documentar sus maneras excesivas de expresión de amor y la manera vigorosa de abarcar la vida, me pregunté cómo me pude haber sentido avergonzada de ellos.

El abuelo en su jardín de vegetales, 1999

//

La hora del té, 2000

//

La abuela agarrando el trasero del abuelo, 2000

//

La tía Doris, 1999

//

El abuelo en la playa, 2003

//

Arriba:

La mesa de noche de la abuela, 2004

Abajo:

Un recorte de Bat Mitzvah, 2005

//

Myra y Farrah, 2000

//

Patio en Chappaqua, 2000

//

La abuela con las tías Dorothy y Doris, 2002

//

Papá cortando el pavo, 2004

//

La mesa de mamá, 2004

//

Mi prima Jamie con una audiencia cautiva, 2003

//

Arriba:

Cooper, Nolan y Bailey, 2003

Abajo:

Cooper con galletas Wheat Thins, 2003

//

Papá antes de su retrato con Jeter, 2006

//

La abuela pellizcando los cachetes de Nolan, 2004

//

Jason y Farrah, 2006

//

La circuncisión de Slater, 2007

//

Estado comatoso luego del pavo, 2004

ACTO II: “Esto es lo que pasa cuando crias tus hijos en los Estados Unidos.”

En el 2007 mi abuelo falleció.

No capturé imágenes de mi familia durante un año - ni en el día de los padres, ni acción de gracias, ni para capturar algún cumpleaños o ritos de iniciación. Él era el centro de nuestro mundo; se sentía imposible dejarlo girar sin él. Mi abuela se despertaba y le preguntaba a Dorothy, su cuidadora por muchos años, si todavía estaba con vida. Ella siempre se sentía desilusionada cuando le decían que aún seguía con vida.

Aunque justo antes de que falleciera el abuelo Irving, algo inesperado ocurrió: conocí a la persona que sería mi pareja de por vida.

Tahl provenía de una línea de agricultores socialistas en Israel, gente que se enorgullece de haber sido miembros fundadores de una nación joven con una ética colectivista y no-materialista. Impulsados a rechazar las sociedades alemanas y polacas que oprimieron a los judíos por generaciones y en cambio procurar la autonomía y auto-definición judía, los cuatro abuelos de Tahl se escaparon de Europa justo cuando se desenvolvía la Segunda Guerra Mundial - dejando atrás montones de parientes, todos cuales fueron prontamente asesinados.

Unos meses después, este hombre, el cual yo acababa de empezar a cortejar, se unió a mi al lado de la tumba de mi abuelo. Sin decir una palabra, agarró una pala y empezó a amontonar tierra sobre su ataúd; una tradición judía que siempre me estuvo como de las más íntimas. Fue el fin de una era en la historia de mi familia y el principio de otra.

Prueba del vestido de boda, 2008

//

Mamá y Papá con la coordinadora de bodas, 2008

//

Mamá, luego de la décima reunión para la boda, 2008

//

Arriba:

Fotografía por Christophe Tedjasukmana, 2008

Abajo:

Mi familia y amistades observando el Badeken, 2008

//

Cuarenta y seis años de casados, 2015

//

El final del verano, 2008

//

Arriba:

La prima Amanda como chica a la moda de los años 20, 2010

Abajo:

Carole enseñándome el dedo malo, 2011

//

Papá y Slater, 2010

//

La tía Phyllis y abuela, 2010

//

La cocina de la abuela, 2010

//

La abuela y Shiloh, 2012

//

La abuela durante su cumpleaños número noventa, 2010

//

Shiloh y la abuela, 2015

//

Casa vacía, 2015

//

Izzi en el cardiólogo, 2016

ACTO III: “¿Qué, vas a arruinar a la familia por esto?”

Yo no podía procesar lo que estaba ocurriendo.

Cuando observaba a Trump lo que veía era un matón que orgullosamente maltrataba a mujeres, quien quería institucionalizar una prohibición en contra de los inmigrantes musulmanes y construir un muro en la frontera con México, quien no solo se despreocupaba por la gente de color o los oprimidos, sino que activamente expresaba su desdén hacia ellos. Mi papá observaba a Trump y lo que veía era un patriota valiente y defensor de la verdad. Él estaba molesto con el tratado con Irán, enfurecido con Obamacare y obsesionado con los pecados de la “élite” falsa, esnobista y corrupta - un término que nunca le había oído decir.

Mis padres me criaron a creer en la importancia de las personalidades fuertes. Siempre debes hacer lo correcto y lo moral. Nunca debes mentir. Nunca debes hacer trampa. Haz a los demás como te gustaría que te hicieran a ti. Y nunca jamás sentirse con derechos a algo sobre los demás. Estas eran nuestras “prioridades,” o al menos creía que lo eran. La idea de que mis padres estuvieran de acuerdo con fanáticos de mente cerrada no sólo me causaba molestia, sino que iba en contra de todo lo que amaba de mi familia y amenazaba con destruir todo lo que había trabajado en reconciliar durante la década anterior.

Arriba:

Mamá y papá con sus delantales, 2016

Abajo:

Mi escena del día de acción de gracias, 2016

//

Mamá en su sala, 2016

//

Papá jugando al golf, 2019

//

El cuarto de mi sobrino, 2016

//

La tía Lee, 2016

//

Arriba:

[VIDEO DE INAUGURACIÓN TK]

Abajo:

Mamá y papá antes del Baile Inaugural, 2017

//

Papá cortando los pavos, 2019

//

El cuarto cumpleaños de Shiloh, 2016

//

Slater llevando la máscara de Trump, 2019

//

Cooper, mi sobrino, jugando al tiro al platillo, 2019

//

Violeta en su cuarto, 2020

//

Shiloh e Izzi con mis padres, 2019

//

Mamá luego del yoga, 2020

//

ACTO IV: “Estar equivocado no es un pecado.”

Durante el mes de marzo comenzamos a escuchar reportajes sobre los primeros casos de COVID-19 en los Estados Unidos. A medida que las escuelas, bares e instituciones religiosas cerraban, mis padres se negaban a ceder. Ellos continuaron visitando sus restaurantes favoritos e insistieron que Fox News era el único medio de noticias legítimo; que los “principales medios de comunicación,” incluyendo publicaciones con las cuales trabajaba, estaban, en el mejor de los casos, exagerando todo fuera de proporción y, en el peor de los casos, abiertamente mintiéndole al público estadounidense. Yo ví a mis padres equivocados de una manera peligrosa; ellos me veían como parte del problema. La política en la que creían mis padres, la cual yo había retado por mucho tiempo ya que amenazaba las vidas de otros, ahora de momento amenaza la vida de ellos.

//

Izzi durante la cuarentena, 2020

//

Steph con Shiloh e Izzi, 2021

//

Shiloh e Izzi en la tina, 2020

//

Mi cumpleaños durante la cuarentena, 2020

//

Yom Kippur, 2020

//

Bonnie y Mamá, 2020

//

Shiloh en su cuarto, 2020

//

Un día de acción de gracias durante COVID, 2020

//

El verano en la casa del Tío Joey, 2019

EPÍLOGO

Como fotógrafa, tengo una regla que me auto-impuse: Escucha, observa, conecta, pero no juzgues. Acepta a cualquiera con un interés empático. Aunque es imposible llevar los zapatos de todo el mundo, yo intento entender lo que yace en el corazón de otra persona - su dolor, su lucha, su camino. Me he encontrado en países devastados por la guerra, en pueblos divididos por el racismo, en comunidades expuestas a todo tipo de crueldad e injusticia que las personas pueden infligir unos a otros. Y todavía puedo encontrar el bien invariablemente. Mientras más cercano observas a las personas, lo más milagroso, y complicado, se convierten.

Durante el día de inauguración presidencial del año 2021, un mensaje de texto apareció en el grupo de chat familiar. Era de mi padre: “El mejor discurso que he escuchado en mi vida. Biden estuvo genial. Estoy de acuerdo en la reunificación. Ojalá esto ocurra. Por supuesto, las acciones hablan más que las palabras, pero ojalá tengamos para todos un futuro brillante.” Estos fueron sentimientos los cuales ya me había dado por vencida de compartir con él.

Esto no significa que voy a pensar que mis padres hicieron lo correcto en votar por Donald Trump, o que aceptemos que las injusticias a niveles profundos continúen infestando nuestro país. Pero aún podemos encontrar humanidad en personas con las cuales discrepamos; nuestras diferencias no tienen que definirnos. Mi propia empatía y curiosidad fueron nutridas por el amor de mi familia. El amor verdadero incluye un sentido de responsabilidad y aceptación por las demás personas de la manera en que son, con todas sus fortalezas y debilidades. La gente puede cambiar. Y es un regalo el poder ser testigo de la experiencia del otro, y estar presente cuando la presentan de la manera en que quieran.